

PRIMERAS LECTURAS  
[Publicado en CUADERNOS de  
“el Periódico EXTREMADURA”  
el 14 de febrero de 1998]

Ocurre con las primeras lecturas lo mismo que con los escenarios de nuestra infancia: cuando al cabo de los años volvemos a ellos no son tan grandes ni tan interesantes. Si de verdad somos sinceros, hemos de reconocer que aquellos libros que nos impresionaron en la juventud no son los que hoy recomendaríamos en el caso de que nos pidiesen una selección de títulos. Los libros de nuestra educación sentimental posiblemente han envejecido tan mal como nosotros mismos, y llegados a cierta edad, tendemos a recrear literariamente nuestra particular arribada al universo libresco, por la misma razón por la que componemos el gesto para la foto evitando que las arrugas del cuerpo y del alma se vean delatadas por la escrutadora luz del mediodía. Aunque, si bien se mira, qué sentido tiene mentir a esa media docena de amigos que, en el mejor de los casos, pudieran sentirse tentados a evocar con nosotros aquellas primeras lecturas nuestras.

Y es que, en efecto, muchos títulos coinciden. Veo, por ejemplo, que al igual que M. M. yo también acusé el influjo del libro “Corazón” de Edmundo De Amicis. Es algo que no advertí hasta mucho después. El maestro nos lo hacía leer en voz alta, turnándonos en el inhóspito desván que albergaba aquel aula machadiana y pueblerina. Hace ocho o diez años murió prematuramente uno de aquellos escolares, y los discípulos volvieron a reunirse con el maestro. Alguno de ellos, recordando que al difunto lo llamaban con el sobrenombre de uno de los personajes del libro, exclamó al verlo: “don Fernando, se nos ha muerto Garrone”. Y el maestro, evocando el suceso, escribió días después en el ABC un bello artículo literario, “Cuore”, sobre este libro de lecturas infantiles, tan profundamente impregnado de una ética laica, civil y patriótica que nada tenía que ver con los valores oficiales del nacional-catolicismo entonces en boga.

Pero no era el único libro que leíamos en la escuela. El maestro solicitaba periódicamente al Ministerio un lote de libros para prestar a los alumnos. Los enviaban en una maleta verde tachonada con grandes remaches, solían llegar casi en las mismas fechas que se recibían también unas latas doradas con grandes letras escritas en un idioma ignoto. Eran los subsidios escolares del Plan Marshall. El queso del amigo americano era distribuido con equidad milimétrica, pero en el orden de petición de los libros podía influir eventualmente algún mérito escolar. Tampoco importaba mucho, porque todos aquellos libros de la serie de **Guillermo** el travieso, o las novelas de **Enid Blyton**, que obligatoriamente teníamos que forrar con papel de estraza (los niños de aquella escuela conservamos desde entonces esta costumbre de estudiantes pobres), rotaban entre todos los alumnos de la clase.

Vino después la literatura de adultos. Aunque hasta los quince o 16 años mi horizonte intelectual se limitó casi exclusivamente a los libros de mi padre: los libros de la colección Austral y algunas obras completas de Aguilar, que él iba pagando mediante pequeñas cuotas deducidas de su exigua paga de maestro. Un día me hice ferviente barojiano. Fue a raíz de la lectura de una novela menor, La “Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox”, libro que cogí clandestinamente (ya se sabe, el “impío” don Pío) de la biblioteca familiar tras haberme reído a mandíbula batiente con una versión teatral que por entonces habían hecho para la televisión. Seguí leyendo todas las novelas de **Baroja** que encontré en casa, acabé con las existencias de este

autor que tenían en La Alianza (fueron quizá las primeras compras de libros hecha con mi dinero) y continué luego con todo lo que había de él en la biblioteca de Badajoz hasta finalizar el último volumen de sus memorias (“Desde la última vuelta del camino” en edición infame de Planeta). Fue entonces cuando el poeta **Manuel Pacheco** que ejercía por aquellos años como auxiliar en la biblioteca pública, se ofreció a aconsejarme algunas novelas que a su juicio podrían ser de mi interés. Los primeros títulos fueron “El extranjero” de Camus y “La condición humana” de Malraux. De modo que puedo decir que fue un poeta el que me inició en el existencialismo y, lo que es más importante, en el uso habitual de las bibliotecas públicas.

Y fue en otra biblioteca, concretamente en la del Instituto Zurbarán, en donde viví lo que pudiéramos llamar mi primera “revelación intelectual”, al menos la primera de la que tengo clara conciencia. El profesor de literatura, don Enrique Segura Covarsí, nos solía llevar a ella para que nos adiestrásemos en la mecánica de las consultas bibliográficas. Era el primer año que los profesores impartían el COU, y sin duda se tomaron muy en serio aquel aprendizaje de unas técnicas de trabajo intelectual que al curso siguiente habrían de sernos útiles en la Universidad. No sé ni cómo ni porqué tomé de los anaqueles los volúmenes 34, 35 y 36 de Alianza Editorial (“El libro de bolsillo: una colección para todos, cuidada, económica y variada”) que contenían “La interpretación de los sueños”. Sólo sé que al sonar la campana me demoré unos minutos para concluir un párrafo o un capítulo. Cuando levanté la vista, aturdido, como quién regresa de pronto de un largo viaje, el profesor me miraba atentamente. Han pasado desde luego muchos años, pero aún creo verlo con nitidez, sonriendo levemente en medio de la estancia que de nuevo volvía a recobrar su quietud habitual: “Si tiene interés en leer a Freud tiene usted sus obras completas en la biblioteca de la Sociedad Económica de Amigos del País. Están allí desde antes de la Guerra”. Ahora sé que en aquel preciso instante se estaba produciendo esa especie de rito prometeico de la transmisión del saber (de un saber prohibido durante años, en este caso) que constituye la esencia de una profesión que andando el tiempo habría de elegir como la mía propia.

La segunda gran revelación me llegó dos años más tarde. Había pasado mi primer año universitario en Sevilla, royendo en frío hueso de **Russell**, y algún otro neopositivista recomendado por un oscuro profesor de filosofía, al tiempo que dudaba ante el inexcusable compromiso político que se nos brindaba en las aulas con la seducción gozosa de “la razón en marcha”. Hasta que un día, no sé con qué ocasión, se agitaron las aguas más de lo habitual y una comisión de estudiantes recorrió los distintos cursos recabando nuestro concurso en un acto antifranquista. Sólo recuerdo que a raíz de mi actuación en aquella jornada fui objeto de atención preferente por parte de varios grupúsculos de izquierda que entonces iniciaban en Sevilla su captación de militantes. Uno de los catequistas rojos, un tipo flaco de ojos hundidos y chaqueta de tweed (como el célebre retrato de **Wittgenstein**), me pasó un folleto forrado con papel de periódico y se ofreció a discutir conmigo su contenido al día siguiente. Cuando llegué a casa me dispuse a leerlo. Dos años antes, estando todavía en el Instituto, había intentado alguna incursión en el marxismo (concretamente los “Manuscritos del 44” publicados por Alianza, que me regaló A F y que todavía conservo y un resumen de “El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado”, de Engels, prestado por mi compañero LT). El libro de Engels me resultó demasiado simplista y el de Marx demasiado abstruso, no en vano este último había sido consentido por la censura franquista, sabedora de la escasa capacidad propagandística de aquellos textos del joven Marx. En cambio el folletito que ahora tenía entre mis manos era claramente un texto de agitación. Comencé

a leer: “Un fantasma recorre Europa, el fantasma del comunismo...”. Seguí sin poder parar, anotando y comentando frases, invirtiendo para aguantar despierto la última “centramina” que guardaba por si me surgía algún examen imprevisto. Comenzaba a amanecer cuando llegué a la última frase: “con la revolución los proletarios no tienen nada que perder, excepto sus cadenas. Tienen en cambio un mundo entero que ganar”. Creí entonces que en poco más de 50 páginas me había sido revelado el secreto mecanismo que gobierna al hombre y a su historia. El rey que mueve su cetro, el hacha del verdugo que cae, la multitud que se agita, la humanidad entera eran piezas de un mecanismo de precisión fácilmente comprensible y previsible como los muñecos que aparecen y desaparecen en los relojes de las torres de Centro Europa. Para comprender el presente, el pasado y el futuro, bastaba echar un vistazo a la descripción del mecanismo, como acababa de hacerlo yo aquella noche maravillosa, bajo la lucidez insomne de las anfetaminas y con el insolente optimismo de la juventud. Todo era muy fácil, pujante y luminoso aquella mañana fresca que comenzaba a desperezarse en las calles olorosas de mi barrio. Era el barrio del Porvenir y yo tenía veinte años.